

• TRANSICIONES •

Victor Alejandro Espinoza Valle



Inseguridad

El viernes pasado retorné a la ciudad y el "primer parte" que recibí de la persona que pasó a recogerme al aeropuerto fue sobre la balacera que había ocurrido esa mañana y en la que habían perdido la vida dos oficiales de la Policía Municipal y una mujer que se encontraba secuestrada. Uno de mis hijos, de cinco años de edad, me comentó que había visto una intensa movilización policiaca que incluía un helicóptero. Por desgracia no es la primera vez que muy cerca de donde vivo se registran hechos violentos. Es más, creo que ninguna zona de la ciudad se encuentra al margen de las acciones violentas. La inseguridad se ha vuelto cotidiana. Creo que eso es una de las grandes tragedias que puede sucederle a nuestras sociedades. Los delitos son cosa de todos los días y la gente comienza a acostumbrarse. La capacidad de asombro e indignación se va perdiendo. Ya no hay relación entre la magnitud de los hechos delictivos y la respuesta de la ciudadanía y de sus autoridades. Se trata de la difícil costumbre de acostumbrarnos.

Las sensaciones de inseguridad que vivimos dependen mucho de la forma en que nos la representamos, es decir, de la forma en cómo construimos el concepto. Los que vivimos en la frontera podemos realizar comparaciones entre las formas en cómo concebimos la inseguridad en ambos países. Lo interesante es que se trata de una vecindad entre países de desarrollo desigual. En días pasados les preguntaba a mis dos hijos de cinco y seis años, en dónde preferirían vivir: En Tijuana o en el "otro lado". La respuesta fue contundente: "Pues en el 'otro lado'", me dijeron al unísono. Intrigado les pregunté a qué se debía su respuesta: "Estaríamos más seguros. No nos preocuparíamos de que nos llegaran a robar o a meterse a la casa". Por fortuna no han sufrido ningún tipo de agresión. Evidentemente sus referentes proceden de lo que los mayores comentamos y de la exposición a los medios de comunicación.

Hace aproximadamente dos años en El Colegio de la Frontera Norte llevamos a cabo una investigación sobre la seguridad en la frontera México-Estados Unidos y encontramos que algunos de los delitos registraban índices más altos en la ciudad de San Diego que en Tijuana; por ejemplo, el número de homicidios era mayor del "otro lado". Sin embargo, la población entrevistada respondía que se sentía más segura en San Diego que en nuestra ciudad. La representación del concepto de inseguridad respondía a las percepciones de los habitantes.

Cuando inició la espiral de la violencia en Tijuana y otras ciudades del Norte, académicos y autoridades encontraron dos respuestas al fenómeno, que hoy en día resultan rebasadas. Para algunos investigadores, la delincuencia estaba básicamente asociada al narcotráfico. Pero el "narco" era una variable exógena, es decir, no respondía a factores de la sociedad tijuanesa, sino que por su ubicación geográfica estratégica, se había convertido en un corredor para delincuentes externos. Por su parte, las autoridades locales coincidían con esta explicación en el hecho de que el grueso de la violencia estaba asociada al tráfico de drogas, y, agregaban, a la migración. Sin embargo, como el narcotráfico era de jurisdicción federal, la responsabilidad de combatirlo era de las autoridades federales. Lo mismo la migración debería encontrar su freno en las comunidades expulsoras. Hoy estas interpretaciones no bastan para explicar la complejidad del problema. Las sociedades fronterizas no pueden comprenderse al margen del fenómeno migratorio. Pensar que son factores exógenos los que están atrás de la violencia es decir nada. No todos los que llegan de fuera delinquen ni todos los que aquí vivimos somos blancas palomitas. Definitivamente la delincuencia sigue estando asociada a la marginación en todas sus manifestaciones -sociales, económicas y culturales-. En los grupos organizados de delincuentes hay migrantes y nativos. Respecto a la segunda interpretación, ya no le basta a la ciudadanía que entre los diferentes órdenes de gobierno se tiren la bolita. La única vía parece ser la coordinación, la limpieza de las distintas policías y la erradicación de la impunidad. Difícil ¿no?

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.